

puestos por el culto idolátrico que, sin discrepancia, extendía su ominoso yugo en la península: asistían á los templos cuando no debía practicarse ningún sacrificio humano; mas, si había víctimas humanas, ó bailes indecentes, les estaba prohibido todo acceso á los lugares sagrados. El triste privilegio de asistir á tan repugnantes escenas, y de hacer papel en ellas, estaba reservado á los hombres, y á unas decenas de viejas feas, mugrientas y despreciables, que, como desecho del sexo, eran relegadas al oficio de bailarinas sagradas.

Los bailes mayas, como en todos los pueblos bárbaros, estaban salpicados de pasos lascivos, especialmente los que se celebraban en los templos, pues en todo culto idolátrico se nota la mezcla de la crueldad sangrienta, con la obscenidad desvergonzada. En estos bailes, no tomaban parte las mujeres honradas, las cuales bailaban en sus casas, pero por lo común sin acompañamiento de hombres. Apenas había un baile, que llamaban *nauual*, en que bailaban promiscuamente hombres y mujeres, y con excepción de este, la separación de sexos se guardaba sin alteración. Así como bailaban las mujeres separadas de los hombres, así comían lejos de ellos. Aun en la embriaguez, se aislaban de los hombres: gustaban del *balché*, ó hidromel, pero excusaban la presencia del marido ó de sus amigos, para catarlo. Era, por esto, la embriaguez, un vicio menos común en las mujeres.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Landa. *Relación de las cosas de Yucatán*.

## CAPITULO IX.

Comercio.—Unidad del idioma.

Entre las industrias que ejercían más atractivo en la raza maya, no puede olvidarse el comercio, pues venciendo los grandes obstáculos que se oponían á su expansión y desarrollo, los mayas se entregaban á él con verdadera pasión. Carecían de buques adecuados para el transporte de efectos, y apenas los suplían con inseguros esquifes; estaban privados de bestias de carga, y ellos mismos llevaban á cuestras sus mercancías; tenían pocos caminos, y se los abrían á su paso por las selvas. Y, á pesar de tantos estorbos, había tráfico por el sudoeste con Tabasco, y por el sudeste con Ulúa y los demás pueblos de la moderna Honduras. Por el mar, por los ríos, ó por tierra, llevaban sal, pescado, copal, mantas de algodón y esclavos; y traían á su país, en cambio, cacao, cuentas de piedra, esclavos y conchas coloradas.

Los caminos que conducían á Tabasco y Tegucigalpa estaban poblados por trajinantes: utilizaban la mar y los ríos, como medio de comunicación, y sus canoas, ligeras y veloces, surcaban el golfo de México y el Mar de las Antillas, llevando los productos mayas, y acarreando los de las islas, costas y riberas circunvecinas.

Para la compra y venta, servíales de moneda el grano del cacao, campanillas y cascabeles de cobre, cuentas de piedra, y hachuelas de metal. No era esta moneda impuesta ó garantizada por la autoridad de los caciques, sino introducida por los usos y la costumbre: no era, pues, una moneda pública oficial, sino apenas el signo fácil de los cambios entre los contratantes.

Nada se escribía, ni se hacía constar en documentos para perpetuar la memoria de los contratos: se perfeccionaban verbalmente con la mutua entrega de la cosa y el precio, y la mayor solemnidad que acostumbraban darle era beber ambos contratantes públicamente, ante dos testigos, alguna de sus bebidas refrigerantes, haciendo saber el pacto que habían celebrado. Esta solemnidad de la bebida era muy usada en la compra venta de esclavos y plantaciones de cacao.

El comercio no tenía obstáculo, sino en las continuas disensiones cuyos pretextos pululaban en todos los cacicazgos. La diversidad de lenguaje no era estorbo al tráfico mercantil, pues todos los habitantes hablaban un mismo idioma, que es el maya. El lenguaje de los habitantes de Tabasco y Ulúa, tenía afinidades con la lengua maya; y los Chontales de Tabasco, los Choles del Usumacinta, los Chortis de Copan, los Pocomchies de Ulúa, y los Ixiles y Tzutuhiles de Guatemala hablaban lenguas de la misma familia que la maya.

En algunas localidades de Yucatán, se notaban algunas disidencias, y aun tendencias perceptibles á formar dialectos; pero, á pesar de estas ligeras divergencias, la lengua maya se conservó con pureza

en toda la península. Algunos pueblos se vanagloriaban, como siempre sucede, de hablar mejor el idioma patrio, pero todo no era cuestión sino de ligeros cambios ó inflexiones: la lengua conservaba su unidad desde las riberas de Ekab, hasta los pantanos de Tixchel; y desde las orillas arenosas de Ziyanaan, hasta las pedregosas llanuras de Zipatán y de Cehpech.

## CAPÍTULO X.

Artes y oficios.—Médicos.—Hechiceros.—Agricultura.

Había entre los mayas varios oficios menestrales: los más productivos eran los de ollero (*patom*), y de carpintero (*ahmenché, polché*). Sacaban buena ganancia de la gran cantidad de ídolos de madera y de barro, que fabricaban. La demanda era universal, pues no solo se vendían en Yucatán, sino en las regiones limítrofes. Era tan copiosa la utilidad que sacaban los alfareros y carpinteros, que fueron los enemigos más tenaces del establecimiento de la religión cristiana en su país, y jamás vacilaron en someterse á las asperezas y penitencias con que el ritual maya rodeaba el trabajo de la fábrica de ídolos. Los artifices, cual solitarios ermitaños, habían de aislarse de todo comercio humano, mientras duraba la obra; y, para el efecto, los encerraban, con los materiales necesarios, en una casa de paja nueva, levantada en los términos del pueblo, y allí, en rigurosa clausura, dividían su tiempo entre el trabajo y el ayuno. Conforme avanzaban su tarea, se escarificaban las orejas, y con la sangre que se sacaban rociaban constantemente los ídolos que hacían. Su incomunicación solamente cesaba lo estrictamente necesario para recibir de una persona de su fami-

lia los alimentos de cada día, compuestos de legumbres ó pescado, pues toda carne les estaba vedada: la más rigurosa vigilia era de rito indispensable para ellos mientras duraba la confección de los ídolos.

Los médicos y hechiceros (*sac yah*) curaban con yerbas y con ensalmos. Eran llamados con predilección los hechiceros para asistir á las mujeres de parto, y para curar las mordeduras de víboras y otras culebras ponzoñosas: servían también para bendecir las casas nuevas y para adivinar las cosas ocultas.

En un país, como Yucatán, privado de minas, la tierra tenía que ser la principal fuente de sustento para la población. No había propiedad exclusiva en los terrenos: se conservaban en el dominio público; su uso era del primer ocupante; y la ocupación misma no daba sino un derecho precario, que subsistía cuanto el cultivo y cosecha de la mies. Pasado el cultivo bienal, la pradera volvía al uso público, para ser utilizada por otro cuando los años le hubiesen restituído las condiciones necesarias para el cultivo. El uso común de las tierras es tradicional entre los mayas, que, aun al presente, con dificultad se resignan á la propiedad particular y exclusiva de los terrenos de labranza. Concorre á ello el caracter especial de estos, que no permite cultivar más de dos años una misma faja de tierra, sin dejarla descansar para que recobre por sí sus elementos de fertilidad. Terrenos tan llanos como la planta de la mano, y rellenos de laja apenas cubierta con una ligera capa de tierra vegetal, no eran susceptibles de producir incesante-

mente; y ni, aun introducida la civilización, se han podido mejorar, dificultando, por su estructura, el uso del abono y del arado.

En parte, se origina también esta tradición y apego al dominio común de las tierras, del sistema de cultivo del maíz, que requiere gran extensión de tierras para alternar las plantaciones. Su costumbre era rozar los campos, y dejar sobre su superficie las matas, yerbas y árboles cortados, para que se secasen; luego formar montoncitos de la basura; y en el rigor de los soles prenderle fuego en la dirección del viento reinante, para que los residuos de esta quema fertilizasen el terreno, preparándolo para recibir la siembra á la caída de las lluvias.

La quema de las milpas era una faena ruda, pero que no carecía de belleza, aun en su mismo aspecto selvático, agreste y horripilante. Preparadas las tierras, como hemos dicho, formaban una vasta extensión, que, á veces, formaba horizonte á la simple vista; esperaban el momento oportuno para ser reducidas á ceniza; y cuando la tierra estaba reseca por la ausencia continuada de la lluvia en muchos días, cuando el calor de la temperatura era insoportable y el viento del sueste era candente, se consideraba entonces que era oportuno dar fuego al campo preparado para la sementera: elegían la hora del día más ardiente, y, reunidos los agricultores, se distribuían por la orilla del campo, y, á un mismo tiempo, lanzando alaridos de regocijo y entusiasmo, aplicaban el fuego en diferentes puntos, en dirección del viento que soplabá. Pronto todo quedaba convertido en un semicírculo de llamas espantosas que corrían con impetuosidad, lamiendo y devoran-

do cuanto encontraban en su paso. Los escasos árboles dejados de trecho en trecho se ennegrecían, las piedras se calcinaban; las serpientes salían del centro de la tierra, hostigadas por el fuego; los venados y otros animales silvestres, enloquecidos por la perspectiva de las llamas, corrían arrebatadamente sin buscar salida; las aves cruzaban veloces los aires, buscando la salvación en precipitada fuga; inmensas espirales de humo negro y espeso entenebrecían la atmósfera; el viento, soplando reciamente llevaba las chispas á largas distancias; y el sol mismo, tomando un tinte rojizo, no se desprendía de él sino hasta que las sombras de la noche hacían desaparecer sus últimos fulgores. El agricultor maya, entre tanto, aplaudía, con estrepitosos y salvajes gritos de alegría, el buen éxito de sus asperas tareas; y cuando veía el campo tostado por el fuego, y cubierto como con un sudario de cenizas, sentábase tranquilo, contento y satisfecho, á la sombra de los árboles cercanos, á gozar de la vista de su trabajo, y á esparcir el ánimo con la conversación, y con la bebida de refrigerantes hechos de la masa del maíz.

Los caciques y nobles cultivaban los campos por medio de esclavos; pero los plebeyos tenían que atenerse á sus solos brazos, y así, se reunían en grupos más ó menos numerosos, y rozaban en común el campo de cada cual.

Cuando las lluvias caían, los terrenos estaban ya listos para la siembra. Después de los primeros aguaceros de la estación de las lluvias, era de verse en los albores de la mañana, á la salida de cada población, cómo hormigueaban los agricultores con

un sementero de henequén al hombro, y una estaca en la mano, dirigiéndose á la milpa, en compañía de sus mujeres y de sus hijos cargados también de la preciosa semilla. Llegados, emprenden la tarea de la siembra, abriendo un agujero en la tierra con la estaca, y depositando en él los granos de la fecunda simiente, guardada con exquisito esmero desde el año anterior. Obraban con tal actividad y destreza, que, en pocos días, la siembra quedaba concluída, en espera del agua del cielo para brotar rica y exuberante.

Si las lluvias eran abundantes, las sementeras prometían cosecha copiosa; pero antes de la dichosa recolección de los frutos, todavía quedaba á los agricultores mucho trabajo que hacer, hasta coronar las fatigas del año agrícola. Había que poner centinelas vigilantes que ahuyentasen las aves y otros animales dañinos, é impedir que diesen fin con las plantas acabadas de nacer; había que escardar á tiempo para que la maleza no ahogase los sembrados; y, para mejor defender la sementera de tantos riesgos, fabricaban los mayas, en el interior de las milpas, pequeñas chozas á las cuales denominaban *pazel*, y allí vivían los agricultores destinados al cuidado de la siembra. En estas chozas se depositaban las mazorcas, y luego el maíz ya separado de la tusa ó *bacal*, entre tanto se trasladaba á las trojes en que debía conservarse.

## CAPITULO XI.

Fiestas públicas.—Bailes.—Comedias.

Las fiestas públicas eran dadas por los caciques, ó en honor suyo. El principal elemento de placer y regocijo era la comida, en la cual el anfitrión obsequiaba á porfía á los convidados, con aves asadas, perritos llamados *tzomes*, de poco ó ningún pelo, asados debajo de la tierra, pan de maíz de esquisitas variedades,<sup>1</sup> y bebidas de maíz y cacao. Había de particular que, al fin del banquete, cada convidado recibía, como muestra de especial agasajo, una manta de algodón primorosamente tejida, un banquillo de madera labrada, y una jícara con gracia esculpida, y pintada al exterior de colores que hacían contraste con la blancura mate de su interior. El regalo no era superfluo ni gratuito, sino bien intencionado: todo el que lo recibía quedaba, por el mismo hecho, obligado á dar en su casa una fiesta semejante, y á invitar á los que se habían encontrado en el convite que concluía: así conseguían que, en perpetuo giro, se menudeasen y tornasen, en el transcurso del año, opíparos banquetes entre los nobles y caciques de cada pueblo.

Aumentaban los goces del festín, las represen-

<sup>1</sup> Empanadas de carne (*muzub bak*), pasteles de pavo (*ulmiluah*), tamales de venado (*ceheluah*), pan con frijoles metidos dentro (*muzub*).

taciones de breves piezas cómicas en que tomaban parte farsantes más ó menos diestros, que con vestidos á semejanza de los sacerdotes, se proponían hacer reír con remedos de las costumbres del país, y chistes ridículos alusivos á personas determinadas. Llamaban á estas comedias *balcamil*, *chomthan*, y los cómicos que las representaban *balcam*, *xtol*. Se celebraban además, algunas veces, de noche, en las casas particulares, y entonces terminaban con borracheras.

Otras veces acompañaban estas representaciones de cántigas y canciones divertidas: al son de los *tunkules*, ó atabales, de los caramillos, y de las conchas de tortuga tocadas con cuernos de ciervo, cantaban estrofas alegóricas, históricas ó mitológicas.

A la par de las cántigas se solazaban con bailes de distintas clases, y de pasos artificiosos, alegres y festivos. El baile era muy popular entre los mayas, y se puede decir que era un rasgo esencial de sus costumbres, y un elemento indispensable en su vida. El baile se mezclaba en todas las solemnidades públicas y privadas, religiosas y civiles; cambiaba de figuras según las circunstancias en que se verificaba; sus pasos se acomodaban al objeto á que se dedicaban; y el tono variaba con el motivo ó razón que le daba lugar. Se bailaba en las fiestas de familia; en las ceremonias sagradas no podía prescindirse del baile; y en las fiestas públicas servía de mayor incentivo. Los destinados á estas últimas eran variados y numerosos; pero se distinguían, como más donosos, el baile de las cañas (*lolomché*), y el baile de las *banderas*.

Bailábase el *lolomché*, al son de los caramillos y caracoles, por una cuadrilla de jóvenes pintados de negro de pies á cabeza, adornados de plumas y guirnaldas, y ataviados con el ligero ceñidor de cabos colgantes. Formaban una rueda, y mientras los caramillos lanzaban plañideros sonidos al compás del tamboril, y todos coreaban las estrofas de melancólica cántiga, dos bailadores salían de la rueda al centro: uno con un manojito de varillas en la mano, y otro con un palillo. Siguiendo el son de la música, bailaban, uno de pie, y el otro en cucullas; aquel tirando las varillas con fuerza, y éste recibéndolas con diestra agilidad; y, cuando la pareja se cansaba, volvía á la rueda, y salía otra, y otra, hasta que tocase á todos los individuos de la cuadrilla, y, acabada la rueda, empezaba de nuevo, sin interrupción. A veces todo el día entero no cesaban de bailar sino el tiempo necesario para comer y beber.

El baile de las *banderas* era dirigido por el *holpop*: lo ejecutaban ochocientos y más individuos, llevando sendas banderolas, marchando á compás guerrero, sin la más leve desinencia ni desbarajuste. La concha de tortuga, tañida con la palma de la mano, daba sonidos lúgubres y tristes, que, acordes con los de las trompetillas y *tunkules*, acompañaban estrofas de himnos guerreros.

## CAPÍTULO XII.

Carencia de cementerios.—Sepulturas en las casas.—Sepulturas de los grandes.—Cremación.—Cinerarias de barro ó de madera.—El duelo.

Un pueblo, como el maya, provisto de organización política y civil, carecía, sin embargo, de cementerios: los cadáveres se enterraban ó se quemaban, pero no había un campo para el reposo común final. Cuando adoptaban el primer medio, enterraban los cadáveres de sus deudos dentro de sus casas ó en los espaldares de ellas; pero, si se les daba sepultura en el interior de la misma casa, como es de pensarse, quedaba inhabitable: por necesidad debía abandonarse; se dejaba desamparada, yerma, (*tocoy ná*); las zarzas, los breñales, el polvo, atestiguan que aquella casa estaba consagrada á la muerte.

Otras veces, cuando se trataba de personajes eminentes, eran sepultados en lugares culminantes de la población, y, sobre el sepulcro, levantaban grandes cerros de tierra y piedra, denominados *múl*.

Si preferían la cremación, habían de recogerse escrupulosamente las cenizas en urnas de barro ó madera, y, enterrándolas con veneración, fabricaban sobre el sepulcro montículos artificiales, y aun magníficos templos: ó también, en vez de urnas, formaban estatuas de barro huecas, y, por un agu-

jero que dejaban en el colodrillo, echaban en ellas las cenizas del muerto, para conservar la estatua al lado de sus ídolos, en sus adoratorios.

No faltaban quienes fabricasen las estatuas, de madera, y, antes de quemar al difunto, desollábanle la piel de la parte posterior de la cabeza; luego, del cadáver quemaban una parte y enterraban otra; las cenizas de lo quemado metían dentro de la estatua; tapaban el colodrillo abierto, con la piel arrancada al difunto; y conservaban la estatua con mucha reverencia.

Rodeaban la muerte de signos de letal tristeza, que bien mostraba la congoja que les causaba, sobre todo cuando hería al jefe de la familia, ó á encumbrados personajes de la localidad. Si el médico (*ꝓacyah*) con sus yerbas, ó el hechicero (*ahpulyah, ahcunyah*) con sus piedras, ensalmos y supersticiones, nada alcanzaban para dominar la enfermedad, la familia del moribundo se sumía en la más tétrica aflicción. Taciturnos todos, y con el rostro sombrío, esperaban la hora fatal en que su deudo debía ser llevado por el espíritu maligno, pues suponían que siendo la muerte un mal, no podía venir sino del demonio: y así, creían desesperadamente que el espíritu del mal había de llevarse á los muertos sin remedio: con tan desconsoladora idea, el último instante del moribundo era señal del más desesperante dolor. El duelo duraba días y noches consecutivos, en que lloraban, gemían y suspiraban amargamente. De día ahogaban su llanto, pero en el silencio de las altas horas de la noche, las ráfagas del viento llevaban por los ámbitos del espacio los dolorosos clamores, los lastimeros quejidos, los

gritos angustiosos de los dolientes en vela, que desahogaban la tribulación, la pena causada con la muerte de un ser querido. La casa del difunto se abandonaba á los abrojos y espinas, á la soledad; y sólo cuando la familia era numerosa se continuaba habitando en ella: de lo contrario, quedaba yerma por luengos años, como testigo del duelo de sus propietarios.

Amortajaban al muerto, y, pensando que en la otra vida había de necesitar sustento y dinero con qué proveerse de lo necesario, le llenaban la boca de maíz molido (*keyem*), y echaban en el ataud algunas monedas, ó pedrezuelas que hacían su oficio. Solían, además, unir al cadáver, las insignias de la profesión del difunto: así, al sacerdote lo enterraban con algunos de sus libros; al hechicero, con sus piedras (*zatzunes*); y á los devotos, con idolillos de barro, ó de madera, de distintas formas.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Landa. *Relación de las cosas de Yucatán*.

### CAPITULO XIII.

Creencias religiosas.—Idolatría.—Supersticiones.—Adoratorios de Izamal, Chichén-Itzá y Cozumel.

Los mayas no eran ateos: creían en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma. Había para ellos, después de la muerte, un premio y un castigo; un paraíso y un infierno.

Imaginábanse que los hombres buenos y virtuosos que partían de esta vida eran conducidos á un lugar deleitoso, á una inmensa explanada ó plaza, sombreada por corpulenta ceiba que extendía por todos lados sus frondosas ramas. Bajo su sombra benéfica, se gozaba de fresca deliciosa é inagotable, y allí se sentaban los buenos, sin que la más leve pena viniese á perturbarlos. Allí, olvidados de toda fatiga y de toda tribulación, oreadas sus frentes por frescos aires, lisonjeados sus oídos por suavísimos sonidos, departían amigablemente en interminables amistosos coloquios, y comían manjares dulces y sabrosos, cuyo gusto, siempre nuevo y apetitoso, jamás les fastidiaba.

Por el contrario, el infierno (*metnal*), era un lugar bajo, sucio, inmundo y asqueroso; los que lo habitaban tiritaban, sin cesar, de horrible frío; tenían pegados los estómagos al espinazo, de hambre cruel; se caían de cansancio, como si siglos en-

teros hubiesen estado caminando sin descansar; y agonizaban perpetuamente entre mortíferas congajas: para colmo de desdicha, miriadas de espíritus malignos jugaban con sus tormentos, y se divertían en burlarse de ellos, y en acosarlos con dolores y angustias perdurablemente renacientes. En este antro de la desgracia, reinaba soberanamente un demonio, príncipe y jefe de todos los espíritus del mal, y al cual llamaban *Hun Ahau*.

Pensaban que después de la muerte habían de ir á uno de estos dos lugares, según que fuesen viciosos, ó que hubiesen vivido honestamente. Era por demás raro que creyesen que el ahorcarse era sendero fácil para llegar, á través de inmarcesibles praderas, á la sombra perennal de la ceiba paradisíaca: se ahorcaban así, con la mayor facilidad, pensando que la diosa de la horca, llamada *ixtab*, saldría á recibirlos, y los llevaría sanos y salvos á descansar de sus tristezas, trabajos ó enfermedades.

Si bien creían en la existencia de Dios, habían corrompido la noción de la divinidad con la concepción de multitud de dioses y diosas, que adaptaban á sus diversas necesidades y placeres, personificándolos en multitud de ídolos que guardaban con veneración en sus templos, oratorios y casas. Los fabricaban de piedra, de madera y de barro, y los penates ó domésticos se transferían por herencia, de padres á hijos, como preciado tesoro.

A pesar de esta alteración notable en la creencia de la divinidad, no habían perdido por completo la fe en un Dios puro, único, vivo y verdadero, espiritual y eterno, pues para expresar su creencia en la divinidad tenían la palabra *Ku*, que significa

Dios en abstracto, sin concretarse á ninguno de los ídolos que veneraban. A veces le invocaban con muchos suspiros diciendo *Kúe, Kúe, Kúe*, y, cuando esto decían, se dirigían en espíritu á un Dios invisible, inmaterial, omnipotente. A este mismo Dios puro, único, incomparable, llamaban también *Hun al Ku*: afirmaban que era el origen primordial de todos los seres; el dueño soberano de todo lo creado: y, aunque le adoraban y le invocaban devotamente, jamás era representado con forma material, ni conservaban imágenes ó ídolos que lo representasen. Decían que este Dios único había tenido un hijo llamado *Hun Itzamná*, ó *Yaxcocahtut*, inventor de los caracteres del alfabeto maya.<sup>1</sup>

Después seguía la cáfila de los dioses y diosas á cuya cabeza, como dios supremo, estaba *Kinchahau*, marido de la diosa *Ixazabuh*, la inventora de los tejidos de algodón. Figuraba también, como ídolo, *Itzamná*, dios de la literatura, y *Ixkanleox*, madre de los dioses.

Había una diosa de la pintura, llamada *Ixchebelyax*: á ella atribuían haber enseñado á adornar los vestidos con dibujos, y la representaban bajo la figura de una mujer. *Ixchel* era la diosa de los partos y de la medicina; *Zuhuykak* era la diosa de la virginidad y de las doncellas; *Zitbolontún*, el dios de la medicina; *Xocbitún*, dios del canto; *Ahkinxoc*, dios de la música; *Pizlimtec*, dios de la poesía; *Kukulcan*, dios de la guerra; *Ahchuykak*, dios de las batallas; y *Acat*, dios de los mercaderes.

Suponían que el mundo era sustentado por

<sup>1</sup> Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 308.

cuatro poderosas fuerzas, situadas en los cuatro rumbos del horizonte, y á estas fuerzas prodigiosas adoraban como dioses, bajo los nombres de *Zacalbacab*, *Kanalbacab*, *Chacalbacab* y *Ekelbacab*. Tenían bajo sus órdenes los vientos, y, á su arbitrio y voluntad, desencadenaban las tempestades. Con esta idea, teníanles grande temor los mayas, y, para aplacarlos, les hacían oblacones y sacrificios alternativamente en cada año. A ellos, y á *Multulbec*, atribuían los malos tiempos en la tierra y en la mar.

Los agricultores veneraban á *Chac* dios de la agricultura, de los campos, de los truenos y relámpagos, y, al empezar las cosechas, lo apaciguaban con ofrendas de comidas hechas de maíz y aves, y con libaciones de *balché*. Decían que cuando vivió en la tierra había sido un gigante, y bajo esta forma lo representaban.

Los mayas convertían también en dioses á sus grandes reyes, capitanes, heroes y hombres sobresalientes de alguna manera en la sociedad. Así adoraban á *Kukulcan*, á *Kakupacat* y á *Ahchuykak*, á quienes consideraban como dioses de la guerra. El último era llevado en andas por cuatro caudillos, en toda refriega, escaramuza ó batalla.

Así, en Izamal, veneraban con ardiente culto, en el mismo lugar donde hoy se levanta el principal templo católico, á *Itzamatul*, uno de los jefes mayas de la antigüedad, que fué un gran rey de dominios y posesiones en la península, y que, cuando era preguntado por su nombre, decía llamarse *Hzen caan*, *Hzen muyal*, *rocío del cielo*, *rocío de las nubes*. Allí mismo, en Izamal, en el cerro que cae al poniente, veneraban á *Kabul*, cuyo símbolo era una

mano, en significación de la omnipotencia que le atribuían para sanar á los enfermos y resucitar á los muertos. En el cerro del norte, veneraban á *Kinichkakmó*, *papagayo de ojos de luz y fuego*.

Los cazadores, los caminantes, los pescadores, los ebrios, los bailarines, los cómicos, todos tenían sus dioses ó diosas. Aun los que se ahorcaban no carecían de una divinidad para encomendarse á su protección: tenían á la diosa *Xtab*.

Había también ídolos particulares de los pueblos, de las ciudades, de las familias, de cada individuo. En Campeche se veneraba á un dios vengador, prototipo de la crueldad y de la audacia, á quien, bajo el nombre de *Kinch Ahau Haban*, se ofrecían sacrificios humanos. En T'Ho, sobre un cerro que había cerca, y al norte, de la actual iglesia de San Cristóbal, se rendía culto á otro ídolo denominado *H Chun Caan*. En Cozumel reverenciaban á *Tel Cuzam*, al cual daban la figura de un hombre con las piernas tan delgadas como las espinillas de una golondrina, y á *H Ulneb*, á quien pintaban con una flecha en la mano.

Los templos ó adoratorios se fabricaban de ordinario de mampostería ó de paja, y estaban rodeados de una plaza más ó menos extensa. En ellos se guardaban las estatuas de los ídolos, de formas ya horrorosas, ya extravagantes, ya graciosas y delicadas. Algunos se encontraban en posturas indecentes, cuya presencia pudiera ruborizar al más descomedido ó insolente. De estos ídolos, unos estaban arrimados á las paredes en postura de pie, ó sentados, ó bien en actitudes impúdicas: otros eran conservados en grandes cajas de madera.

De todos los lugares sagrados de Yucatán, eran los más venerados, el templo de Kabul en Izamal, el pozo de Chichén-Itzá, y el adoratorio de Cozumel. Romeros, no solo de la península, sino de Tabasco, Chiapas y Guatemala, concurrían perpetuamente á estos santuarios á hacer preces, ofrendas, ex-votos y sacrificios. El viaje era una verdadera peregrinación religiosa: los peregrinos, durante el trayecto, iban visitando los templos que hallaban á su paso, los monumentos antiguos, las ruinas abandonadas, en donde se detenían á quemar el copal, perfume sagrado reservado para las demostraciones del culto.

Con objeto de facilitar estas peregrinaciones, tenían fabricadas, por los cuatro rumbos del horizonte, cuatro hermosas y bien trabajadas calzadas que cruzaban toda la península, y de las cuales, aun hoy, se ven restos. Una de estas calzadas, pasando por Izamal, por Chichén-Itzá y Cobá, llegaba hasta la costa de Ekab, frente á la isla de Cozumel. En Tulum, Xelhá, Pamal, Ceh-ac, Palmul ó Polé, puertos del cacicazgo de Ekab, los peregrinos se embarcaban en canoas ó piraguas para atravesar el estrecho que separa á Cozumel de la costa firme; pero, antes de embarcarse, se cuidaban de hacer sacrificios á los dioses del mar en los adoratorios de la playa, sin lo cual creían de seguro perecer, arrastrados por la corriente del canal.

El arruinado templo de Kabul, en Izamal, era el refugio de los incurables: á él acudían con abundantes presentes y limosnas. Los muertos mismos eran llevados á este lugar para impetrar su resurrección.

Chichén-Itzá, situado en una fértil llanura, conservaba dos cenotes abiertos y profundos, á los cuales arrojaban víctimas vivas: preferían para ello jóvenes en todo el vigor de la edad y de la salud. Los caciques eran aficionados á hacer romerías á Chichén-Itzá, con objeto de atraerse, con estos sacrificios, la protección de sus divinidades. La pérdida de las cosechas, la proximidad de la guerra, las dificultades del gobierno, y las calamidades sociales, eran motivos que determinaban el ofrecimiento de un sacrificio humano en los cenotes de Chichén-Itzá.

En el adoratorio de Cozumel había un ídolo que emocionaba y atraía la devoción de los peregrinos, merced á la superchería de los sacerdotes. El ídolo era de barro cocido, hueco, de cuerpo entero, de alto relieve, incrustado en el muro, en cuyo espaldar se abría una portezuela secreta, sólo conocida de los sacerdotes. Por ella, se introducía el *chilam* al ídolo, y, hablando por su boca, profería oráculos que el pueblo recibía como de la divinidad. Bajo la ardiente impresión de las palabras que se pensaban dictadas por la deidad, llovían ofrendas y sacrificios de aves, perros, y, desgraciadamente, también de víctimas humanas.